



EDELVIVES

ALA DELTA



La máquina de hacer los deberes

Cecilia Pisos

La máquina de hacer los deberes

*Una caja de tizas, muchos libros,
un mapamundi, un pizarrón picado,
algunos engranajes y tornillos
y un maestro pequeño en buen estado
serán los elementos necesarios
para hacer una máquina eficiente
que haga los deberes y no chiste
y que siempre te saque un excelente.*

1

M y M

Mía y Morena fueron socias desde el principio. Luego, amigas, claro. La familia de Mía se mudó, un poco antes de que acabaran las vacaciones, a la casa de al lado de la de Morena.

Las chicas se saludaron el primer día y ya fueron inseparables y conocidas por todos, como los confites: M y M.

Justo la mañana en que se conocieron, Morena había montado frente a su puerta un negocio de chocolate caliente. Mía se

bajó del auto de su familia, que seguía al camión de las mudanzas, se acercó a la mesita blanca con corazones y le preguntó a Morena:

—¿Cuánto sale el vasito?

—50 centavos y ya viene con azúcar.

—Dame uno.

Al rato nomás, las dos vendían: Mía había buscado en la cartera de su madre un paquete de galletitas dulces y enseguida se le ocurrió un combo: vasito de chocolate + 2 galletitas, que costaba 50 centavos más.

Sin duda alguna que Mía y Morena habían nacido para hacer negocios juntas.



NIÑAS DE NEGOCIOS

Antes de que comenzaran las clases, una vez frente a la puerta de Morena, otra vez en la de Mía, las dos chicas vendieron algo todos los días sin faltar ninguno. Abrían el negocio a eso de las 10 y se quedaban hasta que la mamá de alguna de las dos las llamaba a almorzar. Luego de la siesta, en vez de irse a andar en bici por ahí, o a ver la tele o a jugar con los juegos de la compu, volvían y permanecían firmes en la mesita con la

mercadería del día y, mientras esperaban, planeaban o fabricaban la del día siguiente.

—Todos los días hay que vender algo distinto —había dicho Mía—. Ese es el secreto para vender siempre.

Y parece que era así nomás porque, al menos, los vecinos de la cuadra no podían decir: “Ya te compré uno ayer, nena”, y se tentaban con seguir invirtiendo en el negocio de la vereda.

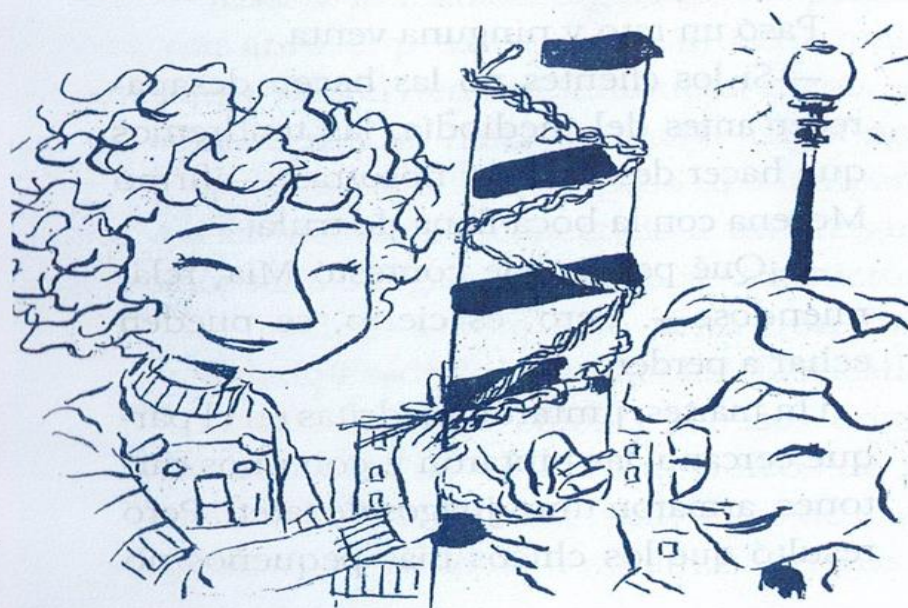
Un día, por ejemplo, vendieron “pulseras de la amistad”, trenzadas con la ayuda de la prima de Morena. Y pusieron varias muñecas sobre la mesita, luciendo los distintos modelos.

Joaco, el hermanito de Morena, quiso ayudar pero enredó los lazos y arruinó varias pulseras. Morena gritó:

—¡Mamáááá! ¡Llévatelo a Joaco!

Y la mamá se lo quitó de encima a regañadientes (los de Joaco), que entró a la casa arrastrando los pies.

Al final del día, las pulseras que habían quedado sin vender las anudaron, por aquí y por allá, a los postes, a las cercas, a las colas de los gatos vagabundos... y así decoraron la calle.



Otro día se levantaron muy temprano e hicieron trufas de chocolate con galletitas dulces picadas, dulce de leche, coco y cacao. Esa vez también Joaco metió la cuchara... ¡pero de sal! en vez de azúcar. Las chicas creyeron que tenían que empezar la receta de nuevo pero al pasar las trufas por las granas de chocolate, las probaron y casi no se notaba lo salado.

Pasó un rato y ninguna venta.

—Si los clientes no las hacen desaparecer antes del mediodía, las tendremos que hacer desaparecer nosotras —afirmó Morena con la boca llena de trufa.

—¡Qué pena! —le contestó Mía, relamiéndose—. Pero, es cierto, se pueden echar a perder.

Un martes, juntaron piedritas en el parque cercano, las pintaron y, con unos cartones, armaron unos juegos de tatetí. Pero resultó que los chicos más pequeños no

entendían el juego y había que explicarlo muchas veces, o que querían comerse las piedras, atraídos por sus colores brillantes. ¡Qué rabia!

Al anoecer, y arrojando las piedras al jardín, Mía dijo:

—Cuando un negocio no funciona, enseguida hay que inventar otro para seguir.

Justo a la mañana siguiente no pudieron abrir el puesto porque Morena tenía turno con el dentista. Entonces, luego, se quedaron casi hasta las nueve de la noche. El papá de Mía les puso una lámpara en el mostrador, conectada a un alargue que salía del garaje. Las chicas resistieron con paciencia pero solo vendieron tres señaladores de los que habían fabricado con cartulinas de colores y frases bonitas copiadas de un libro de versos de la mamá de Mía. Ya en el final, antes de despedirse, se pusieron a mirar las estrellas.

—Ojalá pudiéramos venderlas, ¿te imaginás? —comentó Mía—. Para hacer varitas mágicas. ¡Hay tantas que seríamos ricas en un instante! Claro que, primero, habría que pescarlas...

Morena, siempre práctica, le preguntó:

—¿Con esas redes de atrapar peces, no?

—Claro, pero habría que tirarlas bien alto hacia arriba.

—Me parece que igual no podríamos envolverlas; nos quemarían las manos.

—¡Las atamos con soguita de telaraña y listo!

Y las dos se rieron durante un buen rato, haciendo chistes de estrellas y apan-tallándose con abanicos de versos.

NADA POR AQUÍ, UN CUENTO POR ALLÁ

Justo el día anterior al primer día de clases, M y M ya no sabían qué inventar para vender. Estuvieron dando vueltas toda la mañana, revolviendo entre los juguetes y revisando las cocinas y los garajes de sus casas. Nada se les ocurría.

—Bueno, podemos tomar vacaciones y salir a andar en bici —sugirió Morena.

—De ningún modo: siempre hay que abrir el negocio —se negó Mía. Además,

esas nenas de la otra cuadra, ¿te fijaste que se copiaron de nosotras y también pusieron una mesita?

—¡No puede ser!

—Bueno, fijate bien. Y recordá que mañana no podremos vender sino hasta la vuelta del cole...

—Pero ¿y qué vendemos hoy? No tenemos nada... Ni una ideíta así de chiquitita. Grillos de la suerte, ya vendimos; coronitas de papel, también; flores de cerámica apoya-sahumerios, palitos juntapelusas, limonada, perritos de corcho, portalápices de lata, collares de fideo tostado... —enumeró Morena.

En eso, apareció Joaquín, otra vez como queriendo jugar con ellas. Arrastraba de una soguita su camión de juguete cargado de libros.

—¿Me leen? ¿Me leen un cuento?

—¡Ay, no, Joaquín! —lo apartó su hermana—. ¿No ves que estamos pensando muy fuerte?

Sin embargo, Mía vio el camión con los cuentos, los revisó y enseguida tuvo una idea:

—¡Ya sé! ¡Vendamos historias!

—¡No! —se enojó Joaco y dio un tirón al camión—. ¡Son míos!

—Entremos a las casas a buscar libros —ordenó Mía.

—Pero mi mamá no va a querer que venda los libros...

—No los libros, boba, las historias que tienen adentro.

—¿Qué? ¿Arrancar las páginas? no creo... Mi mamá adora sus libros.

—No me entendiste: les leemos a los que vengan. Ponemos dos mesitas con dos sillas, una para los clientes, y con dos

paraguas grandes, nos tapamos un poco, para que no se enreden las historias.

Las chicas acomodaron todo en la vereda y comenzaron a esperar.

El primer cliente quería ser Joaco, que traía su propio libro, de esos que mezclan las palabras con dibujitos.

—¿Me lo lees? —le pidió a Mía.

—Ahora, no, lindo; después de los demás clientes, ¿sí?

Joaco se metió en su casa y al rato, se detuvieron unas mamás con dos cochecitos de bebé. Las chicas les ofrecieron:

—Tenemos cuentos para los chicos.

Cuando las mamás entendieron que ellas no vendían los libros sino que se iban a encargar de leerles a sus hijos, enseguida pagaron gustosas su moneda y se fueron a tomar un café al bar de enfrente.

Morena y Mía les leyeron a los bebés uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete,

ocho, nueve y diez cuentos palabra por palabra, y las mamás seguían enfrente charla que te charla.

—Este negocio no funciona —dijo Mía, cargando al bebé más gordo que ya berreaba de lo lindo.

—Cuchi, cuchi, cuchi —repetía Morena, que era tan flaquita que no podía alzar a upa al otro, que se removía fastidioso.

Por fin, volvieron las madres.



Y después, nada más. Ninguno de los chicos que se acercaban siempre a la mesita de venta de las socias fue a verlas ese día. Es que de lejos, parecía que vendían los libros. Y ese era precisamente el último día de las vacaciones: ¡nadie quería saber nada con ellos! El último y único cliente que atendieron, además de los bebés, fue el farmacéutico, Don Roque, que se sentó a tomar el fresco. Como era sordo, y tuvieron que leerle casi gritando, M y M quedaron agotadas.



LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES

Morena y Mía ya estaban levantando el negocio, cuando apareció de nuevo Joaquín, trayendo su bendito libro y una moneda. Al final, un poco porque les dio lástima y otro, porque el negocio había sido tan flojo que no les venía nada mal la moneda, Mía le dijo:

—Está bien, vení para acá; entre los dos, te lo leemos.

Joaquín se sentó y abrió el libro, que decía así:

La máquina de hacer los deberes

Martina era una  que daba vuel-

tas y vueltas a la hora de hacer los deberes.

Esa mañana, la  les había dictado un problema:

"En la pizzería 'La tarantela loca', Ezio, el pizzero, pone 8 medios  en 2

 . ¿Cuántos  enteros pone

en cada  ?"

¡Puf! Sería buenísimo tener una máquina de hacer los deberes, piensa 

y de pronto, se decide: ¡Voy a fabricarme una!

Busca una  grande, le atornilla

unas manijas de colores, unos cuantos  ,  , y perillas. Le pinta una

sonrisa con  y la carga con 1 dic-

cionario, 1 enciclopedia de 24 tomos, un kilo de pompones de colores, y, por las

dudas, un  despertador.

Al día siguiente, los  de la 
se enteran de la  de hacer los de-
beres y forman fila en la  de la casa

de  .
 cobra 1  por cada tarea
que la  de hacer los deberes re-
suelve. ¡Pronto se hace rica!

Con todas las  ,  va a la ju-
guetería y se compra cientos de muñe-
cos de peluche: un  , un  , un
 , un  , y muchos, muchos

más. Y pone un puestito en un 
de esos en los que hay que tirar 
con  de plástico.

El puesto de  se llena de 
que quiere ganarse los  y arroja
contra las  ,  rojas, 
azules,  amarillas.

Cuando se abure,  junta todas
las  y pone un pelotero. 
es la primera en zambullirse. Nada, nada,
nada, en el  de  . Hasta que,

 hasta el  y desde el 
camina hasta su .

Cuando llega a su , mete la pre-
gunta de la  en la  de ha-
cer los deberes, y del otro lado, sale una

 con 2  enteros pero... fini-

ta, finita como una hoja de .

 camina con la  hasta el
; se toma el  que va al pelo-
tero; desde el pelotero va en  hasta
la ; y, de allí, a la pizzería.

Cuando  le sirve la , en vez
de cortarla con  y , la 
saca la  verde y le escribe encima
¡Muy bien!

¡Y eso que, con el viaje y todo, la 
ya estaba un poco fría!

en el fondo, encuentra el  de una
 con un .
 Con el ,  se toma un
 y llega a la . Cava, cava,
 cava y encuentra el  del .
 vende los  y las  y se
 pone una pizzería. Va a hacer  de
 y ,  de  con
 papas fritas y hasta  de 
 con .

El día de la inauguración, la  en-
 tra en la pizzería y, en vez de pedirle una
, le dice:

"En la pizzería 'La tarantela loca', Ezio,
 el pizzero, pone 8 medios  en 2
. ¿Cuántos  enteros pone
 en cada ?"

Entonces,   hasta la 
 del ; de la  se toma un 
 hasta el pelotero; del pelotero va en

¡LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES!

Cuando M y M terminaron de leer, Joaquincito se había quedado dormido sobre el hombro de su hermana. Morena le hizo shhh a Mía. Pero a Mía le brillaban los ojos y se moría por hablar. Entonces, con voz bien bajita, casi susurrando, le dijo:

—¡Qué buen libro!

—¡Pero si es para bebés! Ni siquiera tiene todas las palabras escritas...

—Ya sé, pero mi abuela siempre dice que todos los libros dejan enseñanzas provechosas.

—¿Y qué?

—No puedo creer que no te hayas dado cuenta todavía...

—¿Cuenta de qué? Me estoy acalabrando —se quejó Morena, agregando su brazo derecho a su brazo izquierdo para sostener el peso del angelote que Joaquín parecía cuando estaba dormido.

—Este libro nos da la mejor idea para poner un negocio ahora que comiencen las clases.

—¿Y estos que hicimos? ¿Qué tienen de malo?

—Nada, solo que, imagínate, pensá un poco: cuando empiece a hacer frío no nos van a dejar estar en la vereda, y si no mostramos la mercadería, ¿a quién le vamos a vender?

—¡Es cierto!

—Bueno, entonces, ¿qué tal si nos hacemos una máquina como la de esta Martina y vendemos las tareas en la escuela?

Los ojos de Morena se abrieron enormes y redondos como dos platos con un huevo frito cada uno.

—¿Y también hacemos lo del parque de diversiones, y lo del pelotero y la pizzería?

—Podemos hacerlo, podemos hacer lo que queramos porque... ¡seremos ricos!

Y, a propósito, ¿cuántos chicos hay en el grado? —quiso saber Mía, que ese año era la nueva.

—Somos veinticinco, bueno, veintiséis con vos.

—Bueno, nosotras dos no contamos. Digamos, entonces, veinticuatro por una moneda cada uno, son veinticuatro monedas...

Ahora los ojos de Morena brillaban redondos y amarillos...

—Y, decime, ¿la maestra que nos toca, es así, como que da tareas todos los días?

—La maestra Sonia da todos los días tareas menos los viernes —contestó muy segura, y ya sacando cuentas, Morena:

24 más

24 más

24 más

24 es igual a:

Por suerte eran dos porque necesitaban muchos dedos para esa suma, pero al final, la resolvieron: ¡noventa y seis monedas por semana! No estaba nada mal.

Y las dos se despidieron, Morena todavía arrastrando a Joaquín medio dormido, con la cabeza llena de globos de imaginación. Y en los globos, todos los juguetes del mundo.

QUIEN INTERESE A LOS INTERESADOS, BUEN INTERESADOR SERÁ

A la mañana siguiente, Mía y Morena, ya vestidas, ya desayunadas, ya preparadas y listas para salir rumbo a la escuela, se encontraron en la vereda.

—Hoy comienza nuestro nuevo negocio —sonrió Mía.

—Perfecto. —Y chocaron los cinco al subir al micro escolar.

Como Morena le había anticipado, les tocó la señorita Sonia. M y M se sentaron

juntas en el último banco. Para charlar tranquilas sobre todos los detalles. La clase les parecía que ya iba durando una eternidad. ¡No podían esperar hasta el recreo!

Cuando sonó el timbre, salieron todos como en estampida hacia el patio.

Mía le dijo a Morena:

—Vamos, empecemos a hacer propaganda de la máquina.

—Pero si todavía no la fabricamos...

—No importa, así sabemos si hay interesados y si va a funcionar el negocio.

Morena fue llamando a sus amigos, con la excusa de presentarles a Mía y cuando estuvieron todos alrededor de las dos, y ya presentada, Mía les anunció:

—Morena y yo tenemos una máquina que hace automáticamente los deberes, ¿les interesa?

—¡Genial! —dijo Delfina—. ¿Me la prestan?

—¡Qué bueno! ¿Y dónde la venden? Yo quiero una —preguntó Juani interesado—. ¿Cuánto sale?

Mía la codeó a Morena, como para animarla:

—No está a la venta; es única —explicó Morena.

—Es una máquina única que inventamos las dos —completó Mía muy suelta de cuerpo.

—¿Y por qué no la traen al cole para verla? —quiso saber María Paula.

—Nooo, es muy pesada, muy grande —inventó Morena, abriendo los brazos como para mostrar el tamaño—. Además, si la ve la maestra, ¿creés que nos va a dejar usarla?

—Lógico que no —remató Mía.

—Pero si no se puede usar, ¿para qué sirve? —se burló Iñaki.

Y todos los chicos comenzaron a dar la vuelta para irse.

Entonces, Mía se trepó al banco del patio y les gritó:

—¡Esperen! —Y luego más bajito—: La cosa es así: cuando la maestra dé deberes, si ustedes no tienen ganas de hacerlos, o en vez de eso quisieran ir a jugar, nos encargan la tarea a nosotras. Nos entregan una hoja con el nombre y una moneda. Nosotras insertamos la hoja en la máquina y al día siguiente les traemos la tarea resuelta fresquita como un pollo.

—¡Eso no puede ser verdad! —gritó Julián—. Una máquina así no existe.

—¡Sí existe! —rugió Morena—. El que quiere, que nos pague una moneda y lo comprobará.

Y Mía agregó:

—Yo no los conozco todavía pero se ve que todos tienen cara de chicos inteligentes, y ¿a qué chico inteligente le gusta hacer deberes?

En ese momento, todos gritaron y se pusieron a hablar al mismo tiempo, rodeándola a Mía, la nueva.

Morena se sintió un poquito celosa, en especial por Juani, que hablaba tan cerca de Mía. Pero también contenta. Parecía que ese negocio sí iba a ser un éxito.

Y, por último, temerosa, y cuando volvían para el aula, le preguntó a Mía cómo iban a fabricar la máquina.

—Fácil —le contestó Mía—: siguiendo las instrucciones del libro de tu hermano.



POMPÓ- PARA LA MÁ-

Ese día, sin embargo, como era el primero, la maestra dijo que tendrían bastante ocupación con ir a la librería a comprar los útiles y los libros, forrarlos y ponerles los nombres, y que no iba a dar nada de tarea.

—Mejor —dijo Mía—. Luego del almuerzo, venite para casa y fabricamos la máquina.

Y no te olvides de traer el libro de Joaco.

Dicho y hecho. A eso de las tres, Mía se instaló a esperar en el garaje de su casa,

donde estaban todas las herramientas y muchos de los cachivaches necesarios. Al rato, Morena se apareció con el libro en la mano. Del otro lado, lo sostenía Joaquín, que no había querido prestárselo y no lo soltaba.

—No importa —dijo Mía—. Nos puede ayudar a fabricar la máquina, ¿verdad, chiquitín?

Y, al mismo tiempo, le hizo unas cosquillas, Joaco se rió y soltó el libro, y su hermana lo tomó en el aire antes de que tocara el piso.

—A ver... ¿Qué cosas hay aquí de las que nos hacen falta? La caja es esta, ¿te parece? Lamparitas y perillas viejas, hay en este cajón... Botones...

Las chicas siguieron leyendo en la página donde estaba el dibujo de la máquina y, para sacarse un poco de encima a Joaquín, le pidieron que les llevara uno por uno, ya

que eran muy valiosos y pesados, los 24 tomos de la enciclopedia de la biblioteca.

El reloj lo sacó Mía de la mesita de luz de su mamá, y de paso, buscó las pinturas de colores y los pinceles.

Después de atornillar todas las partes, le dibujaron una sonrisa con tantos dientes que la máquina jamás podría fallar o equivocarse en ninguna tarea. Ni cometer el más pequeñísimo de los errores. Y, aunque la receta no lo decía, le pintaron también lunas y soles y pájaros y girasoles y letras y números, y una casita blanca con techo rojo y chimenea con humito.

—¡Quedó relinda la máquina! —aplaudió Morena.

—Mejor que la del libro —aseguró Mía.

—Les falta el kilo de pompones —les avisó Joaquín que estaba parado haciendo equilibrio sobre las dos pilas de los tomos de la enciclopedia, como sobre zancos.

—¡Es cierto! ¿Y ahora?

—La abuela Meme tiene lanas de colores y seguro sabe...

—¡Qué chico más inteligente! —le dijo Mía, pellizcándole los cachetes.

Y allá se fueron los tres a la casa de la abuela, a que les enseñara a hacer pompones.

—¿Y para qué quieren ustedes tantos pomponcitos, mis amores? Porque los pompones pesan menos que los suspiros. Va a haber que fabricar muchos para llegar a un kilo...



—Son para la má... —empezó a decir Joaco, cuando Morena lo pateó.

—...para la má... —insistió Joaquinito, pero enseguida Morena le tapó la boca y continuó la frase:

—...para la madre, para el día de la madre, abuelita. Los queremos para vender en nuestro puesto el día de la madre.

—Ah, ¡qué linda idea, chicas! Bueno, empecemos. Esto es así.

La abuela Meme hacía y mostraba:

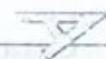
—Primero se corta un aro de cartón y se le empiezan a enroscar, muy apretadas,



lanas de distintos colores o de un solo color, según. Cuando está bien cubierto el cartón, con la tijera, se corta todo alrededor a la altura del borde, después se aseguran las hebras de lana con un nudo bien apretado hacia el centro del aro, se saca el cartón y tatán... —anunció la abuela con los anteojos en la punta de la nariz—: aquí está el pompón.

M y M, la abuela, y Joaco, armando más lío que ayudando, hicieron esa tarde todos todos todos los pompones necesarios hasta llegar a un kilo.

—¡Genial! —suspiró contenta Mía cuando terminaron y agregó, por lo bajo—: mañana los cargamos en la máquina y la ponemos a funcionar.



SUEÑOS DE CRISTAL / SUEÑOS DE CHOCOLATE

Esa noche, cada una en su casa, en la mesa de la cena, Mía y Morena se caían del sueño. Las dos tenían, además, los dedos acalambrados como salchichitas y la sensación liviana y algodónosa de los pompones en las manos. Al llevarlos en varias bolsas, desde la casa de la abuela hasta el garaje de Mía, se les habían desparramado por la vereda, así que anduvieron corriéndolos como ardillas locas, por allá y por más allá.

Cuando las dos apoyaron la cabeza sobre la almohada, empezaron a soñar exactamente de la misma manera: volando en medio de una nube de pompones de todos colores. Después, Morena, flotando, flotando, llegaba a una parte en que, con todas las moneditas que iba a ganar con la máquina, se compraba un palacio de cristal. Con ventanales de cristal, techo de cristal, piso, paredes, arañas de cristal. Todo de cristal. Menos el baño, eso sí, porque hubiera quedado feo.

Ella llevaba puesto un vestido bordado con lentejuelas de cristal de colores, una coronita de cristal dorado y zapatitos de taco de cristal con escalones. En la mano, tenía una varita de cristal con la que daba golpecitos a una máquina de hacer los deberes de cristal, que parece que no funcionaba muy bien, porque en uno de los

costados, tenía un barullo impresionante de hojas atascadas entre pompones de cristal. Y, aunque ella trataba de contener ese lío con las dos manos, los pompones de cristal eran filosos y trituraban el papel, desparramando confeti blanco como nieve a sus pies.

Entre los mismos pompones también había empezado el sueño de Mía, pero en cambio a ella la nube la dejaba en la puerta de una fábrica de chocolates. Parecía que ella era la dueña de la fábrica porque todos la saludaban con respeto, le hacían preguntas y le daban a probar los diferentes chocolates que se estaban fabricando. Luego llegaba a su oficina, donde había un escritorio de chocolate y un sillón de chocolate reclinable. Desde la ventana de chocolate que daba al salón, se veían correr las cintas que transportaban los chocolates de distintas formas y gustos hasta

la sección de embalaje. Había bichos bolita al chocolate, frascos de granas con forma de hormigas, viboritas de chocolate flexible, tortuguitas y también chocolates saltarines como canguros y enormes como elefantes. Los elefantes de chocolate los envolvían en sábanas de papel dorado y los sacaban de la cinta entre diez operarios, haciendo fuerza todos al mismo tiempo. También había árboles de chocolate a los que podaban para envasar las ramas en cajitas y delicadas flores de chocolate que se vendían por ramos. Algunos ramos hasta venían con alguna que otra vaquita de San Antonio de chocolate.

Mía se sentía orgullosa en ese sueño: todo, todo eso lo había comprado con las monedas de la máquina de hacer los deberes que compartía con Morena. Y hablando de la máquina, cuando revisó su oficina, encontró una máquina igualita a

la que había hecho con su socia pero de chocolate. Tan tentadora se veía que se puso a lamerle uno de los pompones de chocolate que le colgaban por el mismo costado por el que salía, continua, una lámina de chocolate larguísima, que no paraba, como una hoja de tareas deliciosa e infinita.



EL NÚMERO DE LOS POMPONES

A la mañana siguiente, una se despertó con las sábanas estrujadas entre las manos. Morena. Y la otra había babeado toda la almohada. Mía.

Ese día, en el cole, M y M esperaron impacientes, como todos los chicos, la última hora. Pero por motivos diferentes. Hasta se diría que opuestos.

Cuando la maestra les ordenó que comenzaran a guardar, que ya iba a ser la hora, Mía no pudo más y preguntó:

—Seño, ¿hoy no va a dar deberes tampoco?

Morena la pateó por debajo del banco, porque notó que todos los chicos le clavaban los ojos como puñalitos al mismo tiempo.

—Ah, cierto... —pareció recordar desde el fondo de sus pensamientos la maestra—. Bueno, mañana, les daré deberes mañana. Recuérdenme un rato antes del timbre. Ahora ya es muy tarde para copiar y además guardé las tizas.

Morena vio con alivio cómo los puñalitos se quedaron flotando en el aire un instante y luego desaparecieron.

Pero Mía volvió a casa furiosa. Pateó piedras todo el camino de regreso.

—A este ritmo vamos a ser ricas cuando seamos viejas.

Morena la consolaba:

—Bueno, mañana le recuerdo yo, desde la primera hora, si querés. De todos

modos, hoy tenemos que cargarle los pompones a la máquina y así la terminamos de ajustar.

—Está bien. Y si nos sobran pompones, los podemos vender más tarde, ya que no hay deberes.

Dicho y hecho, cuando ya no entraron más pompones por la bocota de la máquina, con los que quedaron, llenaron dos canastos y se sentaron a vender en la puerta.

Se ve que, en general, la gente no le veía muchas utilidades a esta mercadería, porque no vendieron ni medio pompón. Para pasar el rato, Morena y Mía inventaron esta canción y se divirtieron igual:

Un pompón color de luna
y contamos una.

Un pompón grano de arroz

es número dos.
Un pompón entre los pies,
uno, dos y tres.
Un pompón atado a un pato
es, sin duda, el cuatro.
Un pompón y pega un brinco
cuando digo cinco.
Un pompón ¿es que no ves?
volará hasta el seis.
Un pompón todosemete,
siete, siete, siete.
Un pompón por un bizcocho
te daré. O por ocho.
Techo por si llueve
es el pompón nueve.
Y empieza otra vez,
este cuento o cuenta,
con el pompón diez.



DOS MÁQUINAS DE RECORDAR

Miércoles. Desde la primera hora, luego del “Bueeenos dííías”, se turnaron Mía y Morena, para recordarle a la maestra el asunto de los deberes.

—Seño, recuerde la tarea —dijo Mía cuando sonó el timbre del primer recreo.

Todos los chicos se prepararon para tirarle bollitos de papel.

—Más tarde, en la siguiente hora; que quiero seguir explicando.

Con alivio, todos los chicos jugaron a embocar los bollitos de papel en el cesto.

—Acuérdese de darnos los deberes, señor —le avisó Morena, cuando llegó el segundo recreo.

Todos los chicos se pusieron en la boca sus cerbatanas de papel y las apuntaron hacia Morena.

—Sí, sí, después; ahora voy a comer mi sandwich.

Con alivio, todos los chicos aplastaron sus cerbatanas y corrieron al patio.

—Hermosa señorita Sonia, la más bella y buena de toda la escuela —zalameó Mía, justo con el timbre de la tercera hora.

Todos los chicos tensaron sus reglas entre las dos manos, como para arrojárselas directo a la cabeza.

—Bueno... —dijo, mirando el reloj, la maestra—. En la siguiente hora.

En medio de un suspiro general de alivio, las reglas de todos los chicos se apoyaron en los bancos haciendo clac clac clac.

Por fin, le tocaba a Morena el último recordatorio. Ya iba a abrir la boca, cubriéndose la cabeza con los brazos porque todos los chicos del grado tenían el diccionario escolar listo en la mano, cuando la maestra ordenó:

—Anoten la tarea:

“Ricitos de Oro recorre el bosque a una velocidad de 10 pasos por hora porque va saludando a todas las maripositas y oruguitas conocidas.

Si la niña tardó 3 horas en tocar a la puerta de la casa de los Amables y Ordenados Osos, ¿cuál es el nombre completo de la última oruga que saludó la niña y a qué distancia, medida en pasos, se encuentra de su casa?”

Y, para aclarar un poco más las cosas, agregó:

—El problema tiene una pregunta que se puede resolver con los datos y una que no.

Cuando terminaron de escribir, Morena la miró a Mía con cara de horror:

—Parece un problema bien difícil. Yo no lo entiendo. ¿Lo sabrá resolver la máquina?

—Dejáselo a ella; con toda seguridad nos dará la respuesta correcta. Además, mejor que parezca complicado: así vienen a encargar la tarea más chicos. Y ahora, apurate, que tenemos que poner el puesto en la esquina —la empujó Mía, que había llevado una mochila con la mesita plegable de los picnics de su papá.



TAREAS AL POR MAYOR

Como había predicho Mía, la fila de interesados era larguísima. Enseguida dio las instrucciones:

—Fórmense con una hoja con su nombre y una moneda, y yo los anoto en mi lista.

—Mía, mirá que a mi mamá no le gustan los borrones, y si me equivoco, me hace pasar toda la hoja —advirtió Juani.

—Ok, tranquilo: la máquina nunca se equivoca.

—Morena, te dejo aquí mi marcador de brillitos; yo siempre subrayo los títulos con este color —le recomendó Lucía.

—¡Perfecto! Se lo cargamos a la máquina cuando toque tu hoja.

—Mía —empezó a decir Santi—, ¿cómo sé si va a estar bien resuelta la tarea? —Y agregó—: ¿Y si la resuelvo yo primero en una hoja cualquiera, y luego las llamo por teléfono para verificar si el resultado que dio la máquina es el mismo?

—Como quieras, la máquina no falla, pero llamá tarde porque —y Mía justo terminaba de contar las monedas— son 24 tareas, más las nuestras, 26 que tenemos que pasar por la máquina. Y además, hoy la estrenamos, así que, ¡paciencia!

—¿Y cómo nos van a entregar las tareas para que la maestra no sospeche? —quiso saber, con razón, Ana Clara.

—Fácil —la tranquilizó Mía—: llegan todos cinco minutos antes y aquí mismo, en esta esquina, les damos las hojas listas para entregar.





MUDA, DORMIDA O MUERTA

De camino a sus casas, Morena y Mía iban saltando y cantando. Cuando pararon a ver la vidriera de la juguetería, se dieron cuenta de que con las monedas de ese día podían comprar el casco de astronauta o la mochila antigravedad de la muñeca Baby. ¡Entonces, saltaron y cantaron más fuerte lo que les quedaba del camino! Al llegar, se despidieron y quedaron en verse luego del almuerzo en el garaje de Mía.

A las tres en punto, sentadas cómodamente en dos sillas de playa y hasta con un vaso de jugo en la mano, M y M metieron por la ranura superior de la máquina las hojas una por una. Después, Mía giró la perilla de encendido, que era un botón verde de chaleco, y levantó la palanca que le habían hecho con el mango de una pala. Volvió a acomodarse junto a Morena y las dos esperaron.

Nada.

Morena se levantó y giró en sentido contrario la perilla, no fuera cosa, y por si las moscas, bajó la pala-palanca.

Tampoco. Nada de nada.

—A lo mejor es una máquina silenciosa y está trabajando sin que nos demos cuenta —aventuró Morena—. Como un cerebro humano. ¿O alguna vez escuchaste chirriar o hacer algún ruido al tuyo?

—No, pero las máquinas no son tan calladas; ahí tenés al lavarropas, al microondas, a la cafetera... —argumentó Mía, que ya se sentía un poquitín nerviosa.

Enseguida, para calmarse, levantó la tapa y se puso a ajustar los nudos de los pompones y luego, abrió en la misma página todos los tomos de la enciclopedia.

Nada, nada, más nada.

—Morena, andá a traer el libro de tu hermano, a ver si nos olvidamos de algo y por eso no funciona.

Morena corrió a su casa, volvió con el libro y empezaron a chequear la lista de materiales.

—¡Ah, es el reloj! Tal vez hay que poner la alarma en alguna hora en especial. ¿Cuál se ve en el dibujo?

—Las cinco.

—Es eso, no hay duda —dijo Mía con toda seguridad mientras corría las

manecillas hasta dejar esa hora—. ¡Listo! Vamos a jugar y a las cinco volvemos a sacar las hojas.

Morena, al ver tan segura a su amiga, se despreocupó, y así se pasaron dos bonitas horas jugando a la dentista con todos los muñecos de la cama de Mía.

A las cinco en punto, volvieron al garaje. Todo parecía estar en la misma posición. Excepto el reloj que había hecho caminar dos horas a las agujas.

Morena abrió la puertita que le habían hecho en la parte de atrás a la máquina y sacó las hojas. Puras hojas en blanco. Solo tenían escrito el nombre de los compañeros.

—¡No le pusimos tinta a la máquina! —se alarmó Morena.

—¡En el libro no decía! —retrucó Mía.

—Pero es claro, porque se supone que la máquina piensa la solución

pero también tiene que imprimirla. Pongámosle el cartucho de la impresora y seguro funciona.

Para eso, Morena tuvo que volver a su casa y, con mucho cuidado de no mancharse, sacó el cartucho de impresión y regresó.

Entre las dos lo ajustaron con dos pompones rojos, en el interior de la máquina, justo debajo de la ranura de entrada de las hojas, volvieron a meterlas y a poner el reloj para las cinco, y se sentaron a esperar.

La máquina no daba señales de estar trabajando. Seguía muda, o dormida, o muerta.

A los diez minutos, Morena propuso:

—Hagamos nosotras por hoy las tareas, y mañana vemos si la podemos arreglar. Es la única solución.

—¡24 tareas! —suspiró Mía.

—Eso hace unas 12 para cada una
—dijo Morena, que había escrito la cuenta en uno de los costados de la máquina.

—Bueno, empecemos...

Y las dos socias, cada una en su mesita, resolvieron doce veces el mismo problema.

—No estoy poniendo el mismo nombre a la oruguita en todas las tareas. ¿Lo dejo así? —consultó al rato Morena.

—Sí, mejor, así la maestra no sospecha...

—Pero todos van a querer que la suya sea la solución correcta; si los hubiera resuelto la máquina, habrían salido iguales...

—Entonces, poné al final la misma respuesta de los pasos para todos y listo.

—El problema es que no tenemos el manual de la máquina donde explica todas las funciones. Ahí seguro debe decir cómo cambiar los botones para que salgan distintos resultados... Mañana hay que buscarlo en Internet.





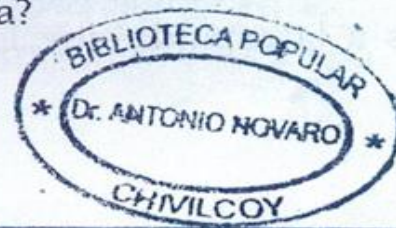
DOS OLVIDOS Y UN RECUERDO (SUBRAYADO CON MARCADOR)

A las ocho menos diez, todavía a oscuras y con los ojos llenos de sueño, sentadas a la mesita, M y M esperaron a sus compañeros y les entregaron las hojas. Todos tenían caras de haberlo pasado genial la tarde anterior.

Luego, mientras desarmaban la mesita, se dieron cuenta:

—¡Nos olvidamos de nuestras tareas!

—¿Y ahora?



—Hay que decirles a los demás chicos que no le recuerden a la maestra sobre los deberes.

Pero apenas entraron al salón, Lucía, la chica del marcador, le estaba mostrando a la maestra qué bien decorada le había quedado su tarea con los subrayados.

—¡Estamos fritas! ¿Ahora qué le decimos?—se alarmó Morena.

—Que yo estuve enferma y que vos viniste a leerme cuentos a mi lecho de enferma...

Eso dijeron y, por esa vez, y porque Morena había sido tan buena amiga con Mía, la maestra las perdonó.

Las horas de clase fueron pasando y las chicas se sentían cada vez más débiles. Estaban muy cansadas. Hasta escribir un renglón se les hacía durísimo, como subir una pirámide con una de esas piedrotas cuadradas a la espalda que los egipcios

usaban para construirlas. De más está decir que esa mañana no preguntaron ni una vez por la tarea.

—No importa si no hay tarea hoy —le había dicho por lo bajo Morena a Mía—. Aunque no ganemos monedas, vamos a poner a punto la máquina.

Sin embargo, como a Lucía le había tocado un “muy bien” con exclamaciones y carita feliz, para sacarse otro, preguntó:

—¿Cuál es la tarea de hoy, señó?

—Ah, es cierto, ¡Qué bueno que siempre hay chicos atentos y aplicados como Lucía que me la recuerdan!

Mía y Morena se pusieron rojas al unísono, de pura rabia y celos.

Sin embargo, esta vez los chicos no prepararon nada para tirarle a Lucía por recordar lo de los deberes. Total, ahora estaba la máquina... En cambio, empezaron a buscar moneditas en todos los bolsillos.

—Como mañana empezaremos con la clasificación de los animales, quiero que cada uno traiga dibujado, tomen nota, por favor —pidió la maestra—, un mamífero, un reptil, un anfibio, un ave, un pez y un insecto. —Y a Mía y a Morena les recordó—: Y ustedes, M y M, también me traen la tarea de hoy junto con esta; así quedamos a mano.

—¡Cómo nos va a quedar la mano!
—fue lo primero que pensó Morena,



mientras Mía insistía en poner la mesita a la salida.

—No podemos abandonar el negocio ahora. Seguro que hoy arreglamos la máquina, y si no, no es para nada terrible dibujar unos cuantos animalitos.

Morena no estaba tan segura pero cuando volvieron a pasar por la juguetería, vieron que con las monedas de ese día más las del anterior, ya podían comprar la mitad de la carroza-calabaza de Baby Cenicienta. Y eso le llenó de chispitas el corazón.





A las tres en punto, Morena tocó el timbre de la casa de Mía. Llevaba una lata de aceite de oliva y un destornillador.

Mía había buscado ya en Google pero no había ninguna noticia sobre la máquina. Solamente aparecía mencionado el libro de Joaquín en las páginas de varias librerías.

M y M se arremangaron.

Volcaron un chorrito de aceite dentro de la máquina.

Desataron todos los pompones y los volvieron a atar por colores, siguiendo las líneas del arcoiris.

Ajustaron con el destornillador todos los botones flojos.

Por las dudas, aplicaron también el método que, según Mía, a su papá siempre le funcionaba para hacer andar a los artefactos del hogar empacados: patearon la máquina dos o tres veces, de un lado y de otro lado.

Y, por fin, al meter las hojas de la tarea, cruzaron los dedos con los ojos cerrados.

Después de esperar en silencio unos cinco minutos, las dos abrieron al mismo tiempo sus cartucheras y se pusieron a trabajar.

Vaca, boa, sapo corredor, gorrión, atún, mosquito...

Elefante, víbora de cascabel, iguana, cuervo, merluza, hormiga...

Después de tres tareas cada una ya no se les ocurrían más animales para dibujar.

—En la enciclopedia hay una lámina preciosa —recordó Mía.

Entre las dos, levantaron la tapa de la máquina y sacaron el tomo de la A. En Animales estaba toda la información necesaria.

—El problema es que son 6 animales por cada uno de los 24...

—Más los 12 nuestros, ¿cuántos son en total?

A la hora de la merienda, le pidieron a la madre de Mía que las ayudara a hacer la cuenta. ¡156 animales!

—Repitamos algunos; si no, no vamos a terminar más —dijo Mía, cuando ponía al costado la octava hoja de carpeta que había dibujado.

—¿Y si lo traigo a Joaco y que nos ayude?

—No, no le van a salir bien los animales. Después los clientes se van a quejar. Además, no conviene que vea que la máquina no funciona.

—Ya sé, escondemos la máquina y le hacemos pintar los animales. Los dibujamos nosotras y él los pinta. Que lo que más le enseñaron en el jardín es a pintar sin salirse del contorno.

Las dos taparon la máquina con una sábana y Morena lo fue a buscar. Joaquín se sintió muy contento de intervenir en el juego de las chicas grandes, porque eso le dijeron, que era un juego, una lotería de animales, y pintó con mucho entusiasmo y suma prolijidad todos los dibujos que le pasaron. Solo que... no prestó demasiada atención a los colores. Las chicas lo descubrieron recién al juntar todas las hojas.

—¿Una vaca azul?

—¡Una ballena amarilla!

—¿Un conejito verde?

—¡Un elefante rosado!

—Bueno, no importa —decretó Mía—.

No vamos a borrar ahora. Está todo tan lindo...

—Tenés razón. A lo mejor, la maestra no se da cuenta. ¡A ella también le tocan 156 animales para corregir!

Como siempre, a Morena le pareció bien lo que dijo Mía. ¡Es que hablaba con tanta seguridad! Y además, le corría delante de los ojos la carroza-calabaza de Baby Cenicienta, lo que le recordó la cuestión de las monedas.

—¿Dónde las vamos a guardar? Ahora ya son bastantes...

Después de mirar un segundo alrededor, a Mía se le ocurrió:

—Y... en la máquina... Ya que no nos sirve de máquina, que nos sirva de alcancía.

—Y, ¿vamos a volver a poner la mesita a la salida aunque la máquina no funcione?

—No podemos defraudar a los clientes; además, van a decir que somos unas mentirosas y que entonces...

Pero Morena estaba tan cansada que la dejó hablando sola a Mía.

Esa noche, mientras se bañaba se quedó un rato dormida y soñó con patitos azules, rojos y verdes. Ni un patito amarillo.



GOMA DE BORRAR Y GOMA DE MASCAR

A las ocho menos diez en punto, Mía, con sus trenzas bien tirantes y su cara de niña de negocios entregaba las tareas. Como todos venían medio dormidos, ninguno se fijó en los colores tan originales con que Joaco había pintado a los animales.

La que sí se fijó fue la maestra, y en el mismo momento en el que le alcanzaban las hojas.

—¿Qué les pasó a todos ustedes? Muy lindos los dibujos, preciosos, pero,

¿pintaron borrachitos? ¿Cabras celestes? ¿Guacamayos negros? ¿Cebras rojas y verdes? Así, no. Cada uno recupera su hoja y pinta como corresponde en el recreo.

Cuando sonó el timbre y la maestra salió a tomar su té, todos borraban con furia, mientras le reprochaban a Mía y a Morena.

—¿Qué le pasó a la máquina? ¿Hizo cortocircuito? ¿Se olvidaron de cargarle nafta?

—Para mí que le pusieron mal los cartuchos de tinta de colores...

—Esto es una estafa —dijo, por fin, Iñaki, que era el que más trabajo tenía, por el tamaño, borrando y pintando a nuevo a la ballena franca anaranjada.

—Sí, ¡que devuelvan las monedas!

—gritó Lucía.

—Además, nos perdimos el recreo. ¡Que nos indemnicen! —pidió Juani.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó asustada Morena a Mía.

—Ya sé: vos arreglás mis animales y yo corro a comprar chicles para todos, así quedamos bien.

Como siempre sucedía con las ideas de Mía, esta también fue brillante porque mientras mascaban, los niños ya no podían protestar y se fueron olvidando de lo de la indemnización. ¿Era goma de mascar o goma de borrar lo que les había dado Mía?

“¡Fiuuu! ¡Salvadas!”, pensó Morena.

Y, aunque un poco cansadas, luego las dos lo pasaron muy bien y tranquilas, mientras la maestra les leía versos y más versos, ya que ese día el tema era la poesía. Sin embargo, como lo bueno acaba pronto, las horas de clase llegaron a su fin y no hizo falta que nadie le recordara a la maestra la cuestión de la tarea porque ella solita lo hizo:

—Ya que hemos leído tan hermosos versos, para mañana, cada uno trae escrita una copla para leer con los compañeros.

En esta ocasión Morena sí la convenció a Mía de que no pusieran la mesita en la esquina. ¿Cómo iban a hacer para inventar 26 coplas diferentes?

—Bueno, digamos que la máquina está un poco descompuesta, ya lo vieron con los dibujos, y que mañana volvemos con el servicio. Total, mañana a última hora hay Matemática y la tarea seguro será un problema con la misma solución para todos.

Pero no les resultó tan fácil negarse a las dos socias. En la esquina ya estaban todos formados en perfecta fila cada uno con su incandescente hoja blanca en una mano y su reluciente moneda dorada en la otra.

Cuando M y M explicaron que no, que ese día no y que etcétera, nadie quiso aceptar sus palabras. ¡Nadie quería

escribir ninguna copla! Al final, consultaron por un momento entre ellos y Juan Manuel les ofreció:

—Les pagaremos dos monedas porque es una tarea muy difícil. Arreglen rápido la máquina, no bien llegan a casa, y listo.

—No es tan fácil como creés —empezó a excusarse Morena, aunque Mía la pateaba por lo bajo, con los ojos otra vez brillantes.

—Entonces —amenazó Lucía—, le vamos a contar a la seño Sonia sobre la máquina. Seguro que no le va a gustar nada esa máquina y va a llamar a sus padres y les va a poner una mala nota por hacer trampa en las tareas.

—¡Pero a ustedes también! —le contestó Morena.

—Sí, pero menos mala nota, porque nosotros no la inventamos a la máquina esa...

En ese momento, todos la rodearon y empezaron a tirar las dos monedas en la latita que Mía siempre llevaba. No tuvieron más remedio.

Cuando M y M pasaron por la juguetería, Mía le señaló a Morena el salón de belleza de Baby, que costaba 100 monedas:

—Solo nos faltan 4 monedas y podremos retirarnos...

Morena sonrió apenas, de costado, porque en ese momento no se sentía para nada contenta de ser tan millonaria.

—¡A las tres! —le gritó Mía antes de que se separaran.

Morena hizo que sí con la cabeza pero como si alguien desde atrás se la moviera.

TUM, TUM, TUM...

A las tres entró Morena en el garaje de la casa de Mía con un inflador de bicicleta, un colador de fideos y un frasco de jarabe para la tos. Mía la dejó intentar reparar la máquina mientras ponía las moneditas de ese día a resguardo.

—Sigue sin funcionar —anunció Morena con pesadumbre.

—No importa.

—¿Cómo que no importa? ¿Cómo vamos a hacer la tarea de hoy?

—Ya te explico —le dijo Mía con una sonrisa secreta—. ¿Te acordás que en el libro decía “un diccionario” para fabricar la máquina? Bueno, como el encargado de los libros ese día era tu hermano, que no sabe leer, trajo uno igual de gordo que el diccionario.

Y abriendo la tapa de la máquina, Mía le mostró un librote que decía en la tapa: **COPLAS POPULARES.**

—¿Y creés que la maestra no se va a dar cuenta?

—No creo, no puede ser que piense que tooodos los chicos se copiaron del mismo libro. No creo que se sepa tooodas las coplas de memoria.

—Les podríamos cambiar algunas palabras, ¿no te parece?

—Como quieras.... Yo te dicto y vos escribís, que tenés letra más pareja.

Empezaron. A los pocos versos, Morena se acordó de una película que había visto con su papá, donde había un barco con unos esclavos encadenados que movían los remos todos al mismo tiempo, al son de un tambor y con mucho esfuerzo, claro, porque estaban encadenados. ¡Al final, eran ellas las que trabajaban para la máquina!

Como le vio la cara, Mía le prometió:

—Hacemos una tarea más, compramos el salón de belleza y destruimos la máquina para siempre, ¿dale? Empecemos. Copla número uno:

Tienes el cabello negro,
y muy negras tus pestañas,
y negras tienes las manos
porque nunca te las lavas.

Cuando Morena ponía el punto a esta copla, por la ventana vieron pasar

a Rocío, Margarita y Lucía, en sus bicis. Gritaban y se reían como locas. Y ella, seguía, encadenada.

—No prestes atención, sigamos —la apuraba Mía:

Una pulga, de rabia,
quebró un ladrillo,
y un piojo, zapateando,
lo hizo polvillo.

Tum, tum, tum, el tambor... Morena levantó de pronto la cabeza porque, entre los sonidos del tambor de los esclavos, oyó las voces de Juani, Iñaki y Santiago. Parecía que iban a la plaza a cambiar figus. Se veían felices.

—Vamos con la siguiente; no te distraigas:

Mis ojos están con sueño,
con ganitas de dormir;

el uno ya se ha cerrado,
el otro, no puedo abrir.

Y cuando, bastante más tarde, terminó el último verso de la copla número 26, tocaron el timbre. Era Lucía, que traía a su hermanito de jardín con una moneda.

—Dice mi hermano que si la máquina le puede hacer la tarea.

—¿Y cuál es la tarea? —preguntó ávida y rápida Mía.

—Es una tortuguita de masa, así —explicó poniendo los deditos el nene.

—Un momento. Voy a verificar si la máquina tiene capacidad hoy —les dijo Mía y volvió para adentro.

Enseguida le contó a Morena, que sacudía su mano acalambrada:

—¿Te das cuenta? Esto es dinero fácil. Las tareas de jardín son pan comido. Y además, podemos pedirle ayuda a Joaco,

que está en primero. ¿Decimos que sí? Si decimos que sí, nos podemos comprar no solo el salón de belleza sino el spa también.

Morena levantó los hombros. Era inútil discutir con Mía. Además, el spa estaba realmente bueno. Pero si el spa estaba bueno, ¿por qué decir que sí no se sentía bien?

Esa tarde de las coplas las chicas se quedaron hasta las ocho. La mamá de Morena tocó el timbre y las dos chicas escucharon cómo sus madres se ponían de acuerdo para quejarse de la cantidad de tareas que la maestra les estaba encargando todos los días.

M y M se miraron, congeladas, pero estaban tan cansadas... En especial Morena, que, aunque quiso decirlo, no le salió ni un "Te lo dije".

—Ya voy, mamá —gritó pateando la máquina y dando un portazo.

ESCLAVAS MILLONARIAS



Al día siguiente, entregadas las coplas, todos fueron al patio a ver una obra de una compañía de títeres que visitaba la escuela.

Luego de la obra, los titiriteros dejaron que los chicos conocieran el retablo por la parte de atrás y les contaron todos los secretos sobre su oficio y las marionetas. Como ya se había hecho casi la hora de la salida, las maestras dejaron que todos jugaran afuera hasta el timbre final. Fue

entonces cuando algunos chicos de primero y segundo aprovecharon y hablaron con M y M.

—¿Es verdad que ustedes tienen una máquina de hacer las tareas?

—¿Puede hacer los deberes de primer grado la máquina? ¿Le sale buena letra? ¿Sabe hacer las f? ¿Hace borrones en las cuentas?

Morena, asustada, dijo que tenía que ir al baño, mientras Mía se quedaba atajando las preguntas como la Mujer Maravilla.

De camino a casa, Mía le mostró los bolsillos llenos a Morena:

—Nos vienen bien, ya que la seño Sonia no nos dio tarea hoy. Con estas monedas, tenemos de sobra para el salón y el spa. ¿Querés que los compremos hoy mismo?

—¿No creés que van a sospechar en casa? Nos van a preguntar de dónde sacamos la plata...



A Mía no se le ocurrió ninguna idea y las dos se quedaron un buen rato en silencio, frente a la vidriera de la juguetería con ojos tristes como si fueran pobres. Ellas, tan luego, que estaban ricas ¡réquete-ricas!

A la tarde, Morena llevó a la casa de Mía una espátula, plastilina de distintos colores y unos marcadores.

Con los marcadores le pintó una cara nueva a la máquina, más sonriente, más simpática, pero ni así la máquina reaccionó. Además estaba toda pegajosa por el jarabe del día anterior. Y por algunos pegotes le caminaban hormigas...

M y M juntaron sus mesitas y empezaron con los encargos de masa para jardín y con las tareas de primero y segundo.

—¡Qué felicidad si solo nos dieran tareas así de fáciles a nosotras! —pensó Mía en voz alta.

—Es verdad, no sé por qué no quieren hacerlas los chicos.

—Es que van y se ponen a jugar mientras nosotras les hacemos de esclavas...

—De esclavas, no, que pagan. Son clientes —le recordó con sus mismas palabras Morena a Mía.

A media tarde, sonó el timbre: era Anita con su hermana Violeta, que pasaban a retirar una viborita de masa.

También llegó Juani acompañando a su hermana y Antonella con su prima Tina. Todos por lo mismo: viborita, viborita, viborita.

—Ya que estamos, ¿no nos dejan pasar a ver cómo funciona la máquina? —pidió Juan Manuel, asomando la cabeza.

—Esteee... —dijo Morena—. Está muy sucia por toda la masa que hubo que meterle para que elaborara las viboritas; ¡es todo un enchastre!

—Además, si pasan todos, mi mamá va a venir a ver qué bochinche es este y después estamos fritas nosotras y también ustedes, si se descubre lo de la máquina —apuntó Mía, que recordó las palabras exactas de Lucía pero las usó en sentido contrario.

Y solo así se dieron por vencidos, ¡qué cosa!

Morena estaba cada vez más amargada. Eran ricas pero parecían pobres. Tenían una máquina de hacer los deberes pero hacían más deberes que nunca y, encima de todo, parecía que no había manera de cambiar las cosas. No, si estaban más enroscadas que las viboritas de masa que habían estado haciendo toda la tarde.



NUEVO SOCIO

—Queridos chicos —empezó a decir esa mañana la maestra como si estuviera a punto de escribirles una carta—, tengo que decirles que estoy muy contenta por la letra preciosa que están haciendo en las tareas. —Y enseguida recalcó—: Bien distinta de la que les sale en clase. Se ven tan parejitas todas las tareas que si no tuvieran el nombre de cada uno de ustedes puesto, cualquier maestra que las viera pensaría que son del mismo alumno.

Al decir esto, miró bien fijo hacia atrás, hacia la zona del aula donde estaba el banco que compartían M y M y las dos, se pusieron, sin querer, coloradas como carteles de PARE.

—Por eso, porque se ve que con tiempo, se esmeran —continuó la maestra—, voy a dejarles un poquito más de tiempo cuando haya que copiar del pizarrón, así queda pareja por toda la carpeta la buena letra. Los felicito.

—La maestra sospecha, Mía, ¿no te das cuenta? —le susurró Morena.

—Bueno, al menos —le retrucó Mía por lo bajo—, nuestros clientes pueden estar satisfechos del trabajo de la máquina.

—Sí, de “la máquina” —le contestó Morena, sacándose con una uña un poco de plastilina azul que le había quedado en el meñique del día anterior.

Sin embargo, la sorpresa fue después, cuando en el recreo, “los clientes” de “la máquina” encararon a las chicas:

—A mí me puso “regular” —mostró enojado Juani.

—A mí, “bien más”.

—A mí, en cambio, “muy bien” —canchereó Ana Clara.

—Y a mí, “muy bien con carita feliz” —dijo, el más sonriente de todos, Iñaki.

—¿Cómo puede ser? —insistió Juani—. Si ustedes nos hicieron pagar a todos la misma moneda... ¿No tendrá la culpa esa máquina que se descompone a cada momento?

—Pues ya viste lo que dijo la maestra sobre la letra parejita —trató de defenderse Morena.

—Quizás la que se equivocó no fue la máquina sino la maestra —aventuró Mía retrocediendo.

Morena ya no dijo nada.

—Vamos a hacer unos ajustes a la máquina. Es evidente que necesita un poco de calibración —dijo Mía repitiendo una palabra que había oído decir a su papá refiriéndose a no sabía qué pieza de su auto.

Los chicos, se ve que, por un lado, algo más tranquilos con esa promesa y, por otro, como no querían volver a su antigua vida de tareas escolares, la cosa es que otra vez se formaron religiosamente frente a la mesa de Mía a la salida. Morena estaba por allí cerca pero ya no ayudaba. El ruido de las monedas que se apilaban en vez de alegría le producía cada vez más preocupación.

A las tres de la tarde apareció en la casa de Mía con un cepillo, champú, crema para la cara y un secador de cabello. Y su hermano Joaquín de la mano.

—Mi mamá tiene que ir al médico, así que me lo dejó para que lo cuide.

—Hice las cuentas —se apresuró a decirle Mía para ver si la animaba un poco, mientras Morena se disponía a “hacerle un tratamiento de belleza a la máquina”—. Nos alcanza para el salón, el spa y la tienda de mascotas de Baby. ¿No es fantástico? Si seguimos ahorrando un poco más, nada más un poco, podremos poner nuestro propio centro comercial de Babys y así invitamos a todas las chicas a visitarlo con sus muñecas. Y les cobramos entrada. ¡Y adiós, máquina! ¡Si te he visto, no me acuerdo!

Morena echó crema por todas partes y se puso a rasquetear con el cepillo la sonrisa de la máquina. Luego, lavó con champú y peinó los pompones y tocó todas las perillas como para convencerse por última vez.

Mientras, Mía le hablaba y le hablaba. Se le había ocurrido que "la máquina" iba a entregar las tareas resueltas y también ya corregidas.

—¿Cómo?! —se sobresaltó Morena.

—Sí, las corregimos con el color verde de la maestra y a todos los chicos les ponemos o "muy bien" o "muy bien con carita feliz". Así, la maestra cuando ve las hojas, dice "Ah, ya las había corregido y me olvidé" y no mira nada si están bien o mal. Y, al mismo tiempo, nuestros clientes, satisfechos. Además, a la seño la va a poner de buen humor tener más tiempo libre. Es un beneficio para todos, ¿no te parece?

—Yo no voy a corregir —se plantó Morena—. Hacelo vos, si querés. A mí me parece que tendríamos que decir la verdad, pero no sé cómo, porque nos van a castigar y...

—Por eso mismo, sigamos como si nada —insistió Mía y se dirigió luego a Joaco—: Joaquincito, aquí te dejo estas hojas. Tenés que dibujar un nene con un globo en cada una.

—Bueno, de acuerdo, pero después, ¿me dan una moneda a mí también?

M y M se miraron: el "nuevo socio" tenía razón.

Los tres trabajaron toda la tarde al lado de la máquina, que ya no sonreía. Pero que ni con peinado nuevo se había puesto a funcionar tampoco.



REUNIÓN (DES)INFORMATIVA

echan de nuestras casas y nos tenemos que ir con un palo y un alfiler al trabajo y nuestras monedas por el mundo sin tener donde vivir.

—Bueno, nos llevamos la máquina a esta escuela y empiezan los nuevos. Y las dos se miraron y se abrazaron y dijeron al mismo tiempo: ¡OOO!

Estimados padres:

Los espero el martes 24 a las 18:30 para una reunión en el aula de 3°B. ¡No falten!

Atentamente,

La maestra

Esa nota fue lo primero que copiaron los chicos del grado esa mañana.

—¿Y si ya se dio cuenta la maestra?
¿Y si les cuenta a nuestras madres en la

reunión? —le dijo Morena a Mía—. ¿Y si nos expulsan de la escuela y luego nos echan de nuestras casas y nos tenemos que ir con un palo y un atado al hombro y nuestras monedas por el mundo sin tener dónde vivir?

—Bueno, nos llevamos la máquina a otra escuela y empezamos de nuevo...

Y las dos se miraron y se abrazaron y se dijeron al mismo tiempo un NOOOOOOO tan largo que lo escuchó la maestra.

—No se preocupen, chicas, son todas buenas noticias para los papás, por lo menos de mi parte...

Y entonces se sintió un suspiro general en el aula, como si todos se hubieran aflojado, porque, aunque no tenían la máquina, todos habían utilizado sus servicios y... digámoslo clarito, no habían estado haciendo sus tareas.

El día de la reunión, la señorita Sonia les dijo a los papás que los chicos estaban arrancando muy bien el año, que ella estaba muy contenta. Luego preguntó si los papás querían comentar alguna cosa. Y ahí la madre de Juani levantó la mano:

—¿Es cierto, como me dijo Juancito, que recién el mes que viene va a comenzar a dar tarea? La verdad es que yo lo noto a él muy contento pero tan sin hacer nada por las tardes que me digo: ¡qué suerte que lo hacen todo tan bien en la escuela!

Antes de que la maestra pudiera contestar, intervino la mamá de Morena:

—Yo justo quería preguntar lo contrario: ¿por qué les manda tantas tareas a los chicos? Morenita y Mía se pasan la tarde entera hasta la hora de la cena, dale que dale...

—Y no solo eso —intervino la mamá de Mía—: tienen que controlar un poco

lo que compran los chicos en el quiosco del patio. Mía se trae una bolsa de golosinas todos los días de la escuela. ¿No es que iban a empezar a vender yogures y barras de cereal, cosas más saludables?

Y también, antes de que la maestra pudiera abrir la boca, la señora que vendía en el quiosco, que estaba allí, sirviendo café para los papás, le contestó:

—Pero si nadie de tercero compra casi en el quiosco este año. A veces, me vienen a pedir algo pero me dicen que no tienen monedas para pagar...

—¡Cómo que no? ¿Cómo que no! —vociferó la mamá de Lucía—. Todos los días le doy una moneda a mi hija y le digo: “Copitos de maíz o barrita de cereal”, ¿no le compra eso mi hija, acaso?

—A mí, Iñaki me pide una moneda cada día, por las dudas, y eso que le mando siempre un sándwich...



En ese momento, se armó tal algarabía y confusión que ya nadie pudo oír a nadie ni entender qué estaba pasando. Todos se fueron de la escuela con la sensación de que era algo gordo lo que pasaba. Bien gordo. Y se los llevó volando el viento como a globos furiosos. Porque, para colmo, la maestra les había dicho al final, que la reunión le había resultado muy provechosa e informativa a ella y que pronto recibirían más noticias y aclaraciones.



LA VOY A HACER PEDACITOS...

A la siguiente tarde, Morena apareció en la casa de Mía con una tijera y su hermano de la mano.

—La voy a hacer pedacitos, así nunca nadie se entera de que existió. Yo ya no sigo con lo de las tareas.

—Dale, More, un día más; no es tan difícil lo de hoy.

—Yo te ayudo —se ofreció Joaquín.

—Bueno, pero con cuidado porque es una tarea de tercero, Joaco —no tuvo más remedio que aceptar Mía.

—Esta máquina está maldita —dijo al cabo de un rato Morena, porque solo había conseguido recortarle como unos flecos por un costado y ahora parecía una máquina vieja, con barbita—. ¡Adiós! ¡Me voy!

Mía tuvo que resolver esa tarde las tareas, que eran de matemática. Para asegurarse de que todas las hojas tuvieran el mismo resultado, hizo la primera de muestra y le indicó a Joaco que copiara de allí todas las cuentas.

Aunque Joaco se apuró todo lo que pudo, solo completó dos tareas, así que del resto se tuvieron que encargar Mía y la máquina. Pero la máquina, ya sabemos...

Morena, en cambio, se pasó la tarde dando vueltas a la manzana en bici y dando vueltas al asunto en su cabeza.

“Por un lado”, pensaba, “si yo no la ayudo más, será muy difícil para Mía seguir adelante y lo de la máquina se termina,

tarde o temprano”. “Pero por otro”, seguía, “¿cómo evitamos que los demás chicos cuenten?”. Y todavía más, “¿qué vamos a hacer con todas las monedas?”. Y Morena sintió en las manos como una quemadura, como si las estuviera sosteniendo en sus palmas y las monedas estuvieran calientes como papas al horno.

Cuando ya estaba por guardar las hojas en su mochila, Mía se dio cuenta de que a todas les faltaba la fecha, y la maestra había dicho bien clarito la última vez que no iba a aceptar más tareas sin fecha. Vuelta a empezar.

No era tan difícil, al cabo: 4 de mayo, 4 de mayo, 4 de mayo... ¡Ring! ¡El timbre! Era Morena que quería hablar sobre la máquina.

—Joaquincito, sé bueno, ¿les ponés vos las fechas y las guardás, mientras yo hablo con tu hermana, eh, socio?

Morena y Mía volvieron a discutir. Mía le decía que, a lo mejor, al día siguiente, podían probar cambiándole el libro de coplas a la máquina por el diccionario, que era lo que, en realidad, decía en el cuento; que quizá fuera por eso que fallaba.

Morena que no y que no, que ya no se trataba de arreglar la máquina sino de arreglar las cosas, sobre todo, de decir la verdad y aguantarse lo que pasara.

—¿En qué andan ustedes dos? ¿Terminaron hoy la tarea? —preguntó, asomándose la mamá de Mía—. ¿Quieren que se la revise?

—¡Nooo! —gritaron las dos al mismo tiempo tan fuerte, que le volaron los pelos para atrás a la mamá y la hicieron olvidar de sus sospechas con tanto viento.

Por suerte, Joaco había terminado solito todas las fechas y hasta había apilado

ordenadamente las hojas. ¡Faltaba que se peinara a la gomina y era el perfecto secretario!





¿CUÁNTAS VECES CUATRO?

También la rutina de entregar las tareas a los clientes se le iba a volver pesada a Mía sin Morena. Primero, había que levantarse antes, a pesar del cansancio de la tarde anterior. Y segundo, había que hacer todo muy rápido para que nadie, ni del lado de la escuela ni del lado de los padres, se diera cuenta.

Durante las clases de ese día, las dos siguieron la pelea que habían empezado la tarde anterior:

Que basta.

Que no, que justo ahora, que ya le tomamos la mano y que en la juguetería habían puesto la zapatería de Baby en la vidriera, que qué buena estaba con todas las botitas y ojotas y pantuflas y...

Que si igual no podemos comprar nada porque nuestros padres van a sospechar y se va a saber toda la verdad...

Que bueno, que guardemos el dinero para comprar todo eso cuando seamos grandes y hasta seguro, si seguimos así por varios años, podremos comprar toda la juguetería y ser las dueñas.

Cuando la discusión había llegado a este punto y Morena se golpeaba la cabeza contra la pared porque no podía convencerla a Mía, la maestra anunció con su voz más seria:

—Aquí está pasando algo raro con las tareas. Ni uno solo de ustedes escribió la fecha correctamente.

—¿La fecha? ¿La fecha? —empezaron a preguntar uno tras otro, como cuando cae una ficha de dominó y va arrastrando a todas las demás.

—Sí, la fecha —ratificó la maestra.

A Mía se le encendió una luz de alarma, ya que, en ese momento, igual que antes y como fichas, todos los niños fueron dándose vuelta, uno por uno, hacia el último banco.

M y M se dieron la vuelta también, un poco para disimular, y otro poco, para no ver a los ojos a sus compañeros.

—Me resulta muy confuso —siguió explicando la maestra— que hicieron todas las cuentas del problema correctamente y dibujaron en ellas todos los números correctamente...

Gran suspiro de alivio de las fichas de dominó, perdón, de los niños.

—...y que se equivocaran todos en la fecha. Y todos tienen exactamente el mismo error.

—¿Es que pusimos otro día en vez del día de ayer? —aventuró Juani.

—No, no, eso está bien. Lo que está mal es el número; el número 4 de "4 de mayo". Lo dibujaron al revés.

—Mía, ¿es que no controlaste lo que hizo mi hermano? —la codeó por lo bajo Morena.

—Justo entró mi mamá, ¿te acordás? y seguro me distraje...

—Porque todos tienen el mismo error, y porque nunca es tarde para corregir errores que se arrastran del pasado, les voy a dar una tarea para mañana, si quieren que esta les quede con una buena nota: Traigan escritas 10 hojas cuadriculadas de los dos lados, o sea, 20 carillas con el número 4 al derecho.

—¿Veinte carillas? ¿No podemos hacer 10 renglones y si nos sale bien, ya, listo?

—propuso horrorizada Lucía.

—No, ni una más ni una menos. Y, mucho cuidado: calculen que entran unos 12 cuatritos por renglón. No menos.

Una vez más los ojos de Mía se habían convertido en dos monedas relucientes. Seguro que, si le tiraban del brazo, como si fuera una palanca, habría hecho ruido de caja registradora.

Morena conocía esa mirada y la empezó a sacudir, sin efecto, lamentablemente.

—¡Esta es nuestra oportunidad! ¡Imagínate! La juguetería será nuestra ahora.

—¿Pero no te das cuenta de que es imposible? ¿Cuántos números cuatro tendríamos que dibujar? Y con mi hermano no podemos contar, obvio.

—No importa, nos hacemos un sello de papa con el número 4 y colgamos a secar

todas las hojas para que no chorreen jugo de papa del tendedero de mi casa...

—No, yo haré mi tarea y punto —por fin tuvo el valor de plantarse Morena—. Y luego paso por tu casa a buscar la máquina.

—¿Para qué, si no funciona? —le alcanzó a decir Mía, mientras caminaba rápida a la salida, a poner su mesita de los deberes para recibir los encargos del día. Si hasta escribió un cartel con una oferta:

OFERTA

20 hojas de tarea X 10 monedas.

Pero era claro que ese día el negocio no iba a funcionar. Claro para todos menos para Mía. ¿Quién iba a tener en el bolsillo 10 monedas? “¡Esta maestra lo arruinó todo!”, pensó Mía cuando se dio cuenta de que tampoco le encargaron cuando

bajó a 2 monedas el precio de la oferta. “¿No sabrá hacer otra cosa esta máquina, como por ejemplo, helados?”, pensaba cuando a las 13:45 plegó la mesita y empezó a caminar para su casa.

Esa tarde, y como estaba tan acostumbrada a trabajar rápido, en menos de una hora había terminado sus veinte carillas de cuatros. “Entre las dos”, se dijo, “hubiéramos podido”. La verdad es que Mía extrañaba a su socia Morena. Y Morena, por su lado, con sus veinte hojas de cuatros bien repletas, también se aburría sin Mía y se preguntaba qué estaría haciendo.

Después de un rato, y como a las dos les pasaba exactamente lo mismo, se encontraron en las puertas de sus casas cuando cada una iba a tocarle el timbre a la otra.

—Yo te iba...

—Yo también.

Las dos se sentaron el portal de Morena y comenzaron una larga charla de la que, como no podía ser de otro modo... salió un nuevo negocio.

Luego de esa conversación, las dos entraron a sus casas muy contentas. Morena porque Mía prometió que las dos hablarían en súper secreto con la maestra para contarle lo que había sucedido. Y Mía porque Morena dijo que sí cuando le propuso arreglar la máquina "definitivamente".

Lo mejor de todo fue que en unos días más se hizo en el patio de la escuela la Feria de los Chicos. Y allí tuvieron la oportunidad de poner juntas, como siempre, sus dos mesitas con un cartel escrito con marcador rojo brillante:

 LA MARAVILLOSA
VERDADERA 
E INCREÍBLE
MÁQUINA 
DE HACER
LOS DEBERES.

LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES CON MAYÚSCULA

En la Feria de los Chicos, los que querían podían poner sus puestos de vender artesanías o de hacer tatuajes autoadhesivos o de maquillajes y pintura de pelo o de contar chistes o de colecciones de figuritas o de lo que se les ocurriera.

Antes de planear su puesto, Mía y Morena lo habían conversado todo muy bien con la maestra y ella misma se había ofrecido a ayudarlas. Por eso, aquel día, cualquiera que se acercaba al puesto de

M y M, se encontraba con la máquina de hacer los deberes, solo que en esta ocasión, en vez de estar cargada con pompones, estaba cargada con una maestra de carne y hueso, la señorita Sonia.

Los chicos hicieron fila varias veces cada uno, en especial los de tercero, que tenían tanta curiosidad por ver cómo funcionaba.

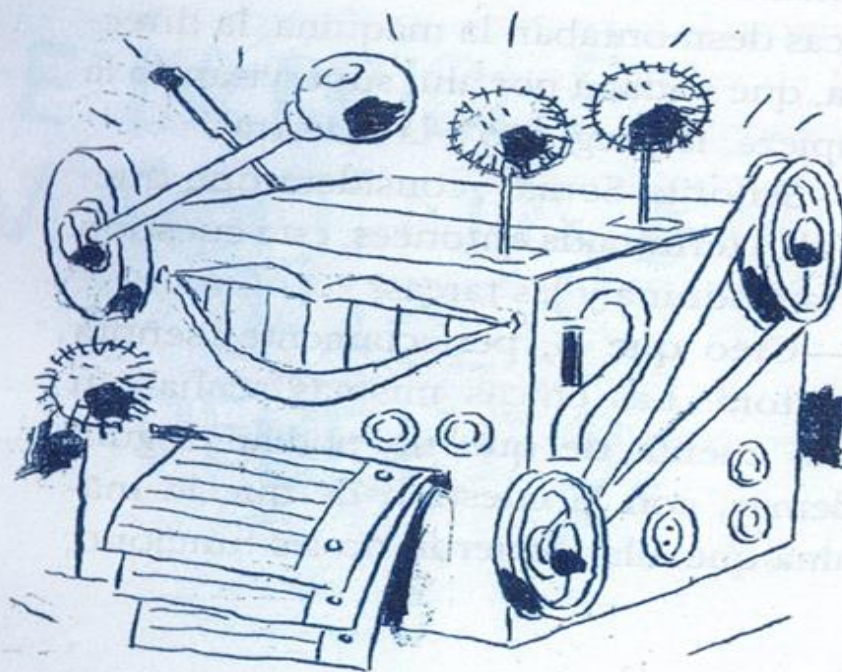
Para que la máquina se pusiera en marcha, tenían que hacer rodar un bolillero que las chicas le habían agregado, justo debajo de la boca.

Luego, movían su brazo-palanca tantas veces como decía el número y por la ranura de la boca, salía, fresquita, como recién escrita, una tarea para hacer.

El chico o la chica que la había sacado, debía insertarla resuelta por el agujero de la oreja de la máquina y, al ratito, la tarea salía corregida pero por una ranura

de la parte de atrás. Si estaba mal, a rehacerla; si estaba bien, del ojo de la máquina salía una monedita de premio para el participante.

De más está decir que la maravillosa, verdadera e increíble máquina de hacer los deberes fue la atracción más visitada de la Feria.



Mía y Morena trabajaron un montón pero se sentían, por un lado, aliviadas, por haberse sacado de encima el pesado secreto de la máquina, y por otro, livianas, ¡ya no tendrían que hacer 26 tareas cada día! Y aunque eran pobres —de monedas— otra vez... ¡eran bien ricas de tiempo para jugar! “O para poner otros negocios”, se apresuró a aclarar Mía.

Cuando la Feria terminó y mientras las chicas desmontaban la máquina, la directora, que andaba por ahí, supervisando la limpieza, le preguntó a la maestra:

—Señorita Sonia, ¿considera que quedó bien terminada entonces, esta cuestión de la máquina y las tareas?

—Creo que sí, perfectamente, señora directora. Las chicas mismas se habían dado cuenta de que no podían seguir. Además, con la cuestión de que la máquina que ellas hicieron no les funcionó,

¡trabajaron un montón! Hicieron tarea como por todo el año, pobres...

—¿Y los demás?

—Los demás aprovecharon, claro, pero, ¿sabe qué? Hoy se pusieron al día, con todas las veces que quisieron probar suerte con la máquina. Y fue una buena forma de devolver el dinero, ¿no le parece? Por lo menos, las cosas han quedado resueltas, hasta...

—...hasta que aparezca el próximo chico al que se le ocurra la idea de fabricar otra máquina de hacer los deberes, sí, ya lo sabemos... ¡Este es el quinto caso que veo desde que soy directora! Por suerte, cuando crecen y maduran, se les pasa.

La maestra se quedó un rato más en el aula. Tenía algunos trabajos pendientes para corregir.

Por las dudas, se aseguró de que todos los chicos se hubieran ido. Cerró la puerta, corrió las cortinas y abrió el último cajón de su escritorio. De allí, sacó el supercasco corrector ultralasersónico y se lo puso. En dos o tres minutos terminó con la pila de tareas. Solo entonces cayó en la cuenta de que M y M habían estado observándola todo el tiempo desde el banco del fondo. Entonces, les dijo:

—Un secreto guarda al otro.

—¡Sí, señor! —dijeron las dos con los ojos brillantes, al mismo tiempo que pensaban que cuando fueran mayores...

—Abue, ¿puedo usar la máquina hoy —le preguntó Thiago a su abuela Morena—. Es que como falté tres días, tengo una tonelada para copiar... Porfis, abue...

—Está bien, querido, pero que sea la última vez en el año. No quiero que te acostumbres, ¿eh? Además, si se enteran tus padres, se van a enojar mucho conmigo...

—Abue, ya puse la primera hoja y la máquina no arranca —la interrumpió Thiago.

—A ver, a ver qué mensaje de error pone en la pantalla...

—Dice: "Cargue más pompones amarillos".

—¡Uf! Creo que no tengo más de ese color —se lamentó la abuela mientras revisaba sus cajones—. Voy a tener que encargar. Dame el teléfono.

La abuela marcó el número.

—LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES INC., para servirle. Buenos días.

—Por favor, señorita, ¿me comunica con la directora?

—Un momento.

—Hola, ¿quién habla?

—Hola Mía, soy yo, Morena.

—¡Morenita! ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo!

—Bien, bien, pero estoy apurada. Necesito saber si podés hacerme llegar

una caja de pompones amarillos hoy mismo. ¿Será posible?

—¡Cómo no! Seguro que tu maquinota vieja está consumiendo mal... Ya va siendo hora de que cambies de modelo... ¿No querés venir a buscar los pompones vos misma? Me gustaría que me des tu opinión sobre la MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES de bolsillo. Esta se carga no con pompones sino directamente con pelusas. Tendría que agregarle todavía una lupa 3D pero ya está prácticamente lista...

—¿Y qué es lo que te falta para terminarla?

—Casi nada y casi todo. Todavía no encontramos manera de convencer a una maestra o a un maestro de entrar bien plegadito en el habitáculo para hacerla funcionar...

ÍNDICE

M Y M	7
NIÑAS DE NEGOCIOS	9
NADA POR AQUÍ, UN CUENTO POR ALLÁ	15
LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES	21
¡LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES!	31
QUIEN INTERESE A LOS INTERESADOS, BUEN INTERESADOR SERÁ	35
POMPÓ- PARA LA MÁ-	41
SUEÑOS DE CRISTAL /	
SUEÑOS DE CHOCOLATE	47
EL NÚMERO DE LOS POMPONES	53

DOS MÁQUINAS DE RECORDAR.....	57
TAREAS AL POR MAYOR.....	61
MUDA, DORMIDA O MUERTA.....	65
DOS OLVIDOS Y UN RECUERDO (SUBRAYADO CON MARCADOR).....	73
ANIMALADAS.....	79
GOMA DE BORRAR Y GOMA DE MASCAR.....	85
TUM, TUM, TUM.....	91
ESCLAVAS MILLONARIAS.....	97
NUEVO SOCIO.....	103
REUNIÓN (DES)INFORMATIVA.....	111
LA VOY A HACER PEDACITOS.....	117
¿CUÁNTAS VECES CUATRO?.....	123
LA MÁQUINA DE HACER LOS DEBERES CON MAYÚSCULA.....	133
50 AÑOS MÁS TARDE.....	139

